

La figura 1 se basa en la idea de que el Tiempo es una cuarta dimensión, tan real como las tres dimensiones del espacio. Los puntos numerados en el plano de la izquierda representan la posición de objetos o acontecimientos en el espacio en un momento específico del Tiempo. El plano de la derecha muestra un momento posterior en el Tiempo (la dimensión del Tiempo es de izquierda a derecha); las posiciones de los números son diferentes, porque las posiciones en el espacio de los objetos acontecimientos han cambiado. En cada instante, los puntos son estacionarios; el movimiento real lo efectúa el plano—el «momento presente» según lo observamos—moviéndose en el Tiempo. Nuestra memoria nos dice que los puntos se han movido; pero nuestra observación tridimensional los percibe como estacionarios. Sin embargo, son cuatridimensionales y poseen «duración» (las líneas transversales).

Hombre cauto—como imagino debe de ser la mayoría de los expertos aeronavales—, Dunne no fue tan lejos como le he llevado yo más arriba, hasta unos años después de la primera guerra mundial. Debí de ser a mediados de la década 1920-30, cuando Dunne decidió que debía abordar el problema del Tiempo en su conjunto. Por otra parte, no se propuso utilizar sus experimentos como base de operaciones. Estos le habían dejado plenamente convencido de que nuestro concepto convencional del Tiempo era erróneo. Así, pues, pensaba que tenía que rechazar este concepto, y, si era posible, elaborar uno propio. Esto era modestia, no vanidad. Como indica en *An Experiment with Time*, pensó que no podía ofrecer sus propios experimentos y experiencias como «demostración científica». (Obsérvese que estoy siguiendo el pensamiento de Dunne a través de este libro, según su última edición que pudo corregir, en lugar de errar entre todos sus libros. Este es el más importante y más conocido; más adelante echaré una rápida ojeada a los otros.) Así, aunque esos experimentos y experiencias, junto con ciertas conclusiones que él extrajera de los mismos, pudiera decirse que le habían hecho recorrer cierto camino dentro del problema del Tiempo, Dunne percibió la necesidad de retornar al exterior y empezar otra vez, de manera nueva y enteramente impersonal.

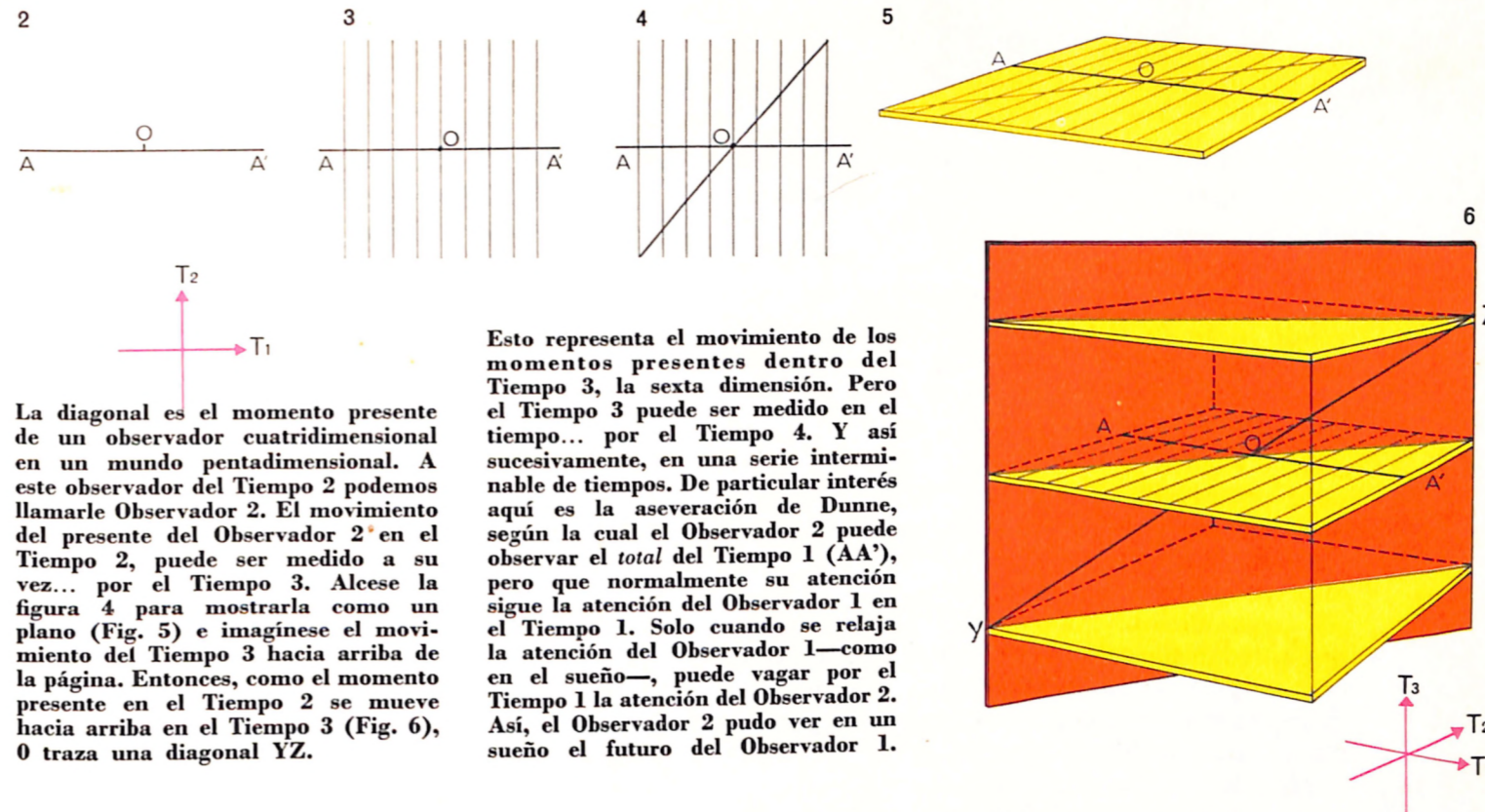
Creo que esta fue una decisión equivocada. Con todo respeto—y, ciertamente, con admiración y afectuosa gratitud—, debo declarar mi convicción de que en esto adoptó una resolución equivocada y fatal. Opino que nunca debió volver al exterior, hacerse impersonal, abordar una aproximación filosófica al problema del

Tiempo. En lugar de ello, debería haber seguido investigando desde el interior, procurando explicar lo mejor posible su relación personal con el Tiempo. No obstante, con su temperamento y preparación, acaso nunca hubiera podido hacer eso, pues ahí había un problema que era preciso abordar de manera tan impersonal como ciertos problemas de aeronáutica.

Empero, había en él algo, más hondo que su temperamento profesional, que le procuraba vislumbres de penetración—las cuales estaban allí desde el principio, en su actitud ante sus propios sueños—mucho más valiosos, y así lo fueron hasta el final, que todos los argumentos que reunió. Pronto se advirtió que tales argumentos eran vulnerables, y, como se los podía destruir fácilmente y después ignorarlos, resultó igualmente fácil, para los mismos círculos críticos, encogerse de hombros ante lo que le habían mostrado sus vislumbres de penetración. Sin embargo, aunque considero que su razonamiento metafísico fue defectuoso, también creo que mucho de lo que su intuición le aportó sigue siendo nuevo, cierto y de inconmensurable valor.

3
Cuando Dunne llega a la parte IV de *An Experiment with Time* y abandona sus experiencias respecto a los sueños para abordar la exposición teórica, paréceme que se extravía casi inmediatamente. Y se extravía, porque insiste en utilizar el concepto del Tiempo de dos maneras diferentes y contradictorias. Toda su teoría del serialismo se erige sobre tan dudoso y endeble fundamento. Lo que hace es espacializar el Tiempo y tratarlo como movimiento,

Así, nuestra observación tridimensional percibe entidades cuatridimensionales por medio del momento presente moviente (el moviente plano amarillo). Ahora bien: Dunne dice que si el momento presente se mueve, tiene que haber un tiempo para medir el tiempo de su movimiento. En la figura 2, 0 es un instante específico—el «momento presente» de un observador—, y AA' su movimiento en el Tiempo. Para medir el tiempo del movimiento 0, se requiere el Tiempo 2, una quinta dimensión. Veamos el movimiento del Tiempo 2 en lo alto de la página. Lo mismo que las entidades poseían duración en el Tiempo 1, también poseen duración en el Tiempo 2. Se representa esto con las líneas azules (Fig. 3). Cuando 0 se mueve a lo largo de AA' en el Tiempo 1, AA' se mueve en el Tiempo 2. Y así 0 traza una diagonal que representa el movimiento del momento presente en el Tiempo 2 (Fig. 4).



La diagonal es el momento presente de un observador cuatridimensional en un mundo pentadimensional. A este observador del Tiempo 2 podemos llamarle Observador 2. El movimiento del presente del Observador 2 en el Tiempo 2, puede ser medido a su vez... por el Tiempo 3. Alcese la figura 4 para mostrarla como un plano (Fig. 5) e imagínese el movimiento del Tiempo 3 hacia arriba de la página. Entonces, como el momento presente en el Tiempo 2 se mueve hacia arriba en el Tiempo 3 (Fig. 6), 0 traza una diagonal YZ.

Esto representa el movimiento de los momentos presentes dentro del Tiempo 3, la sexta dimensión. Pero el Tiempo 3 puede ser medido en el tiempo... por el Tiempo 4. Y así sucesivamente, en una serie interminable de tiempos. De particular interés aquí es la aseveración de Dunne, según la cual el Observador 2 puede observar el total del Tiempo 1 (AA'), pero que normalmente su atención sigue la atención del Observador 1 en el Tiempo 1. Solo cuando se relaja la atención del Observador 1—como en el sueño—, puede vagar por el Tiempo 1 la atención del Observador 2. Así, el Observador 2 pudo ver en un sueño el futuro del Observador 1.

ambas cosas a la vez. Lo cual equivale a comerse el pastel y conservarlo al mismo tiempo.

Como dije anteriormente, no tengo ninguna objeción que hacer a un concepto espacial del Tiempo. Tal concepto es inevitable, tarde o temprano, aunque solo sea como una conveniencia para la argumentación. Lo que no podemos hacer es hurtar el cuerpo entre el Tiempo plano e inmóvil, como una dimensión adicional del Espacio, y el Tiempo en su antiguo papel de movimiento. Hemos de emprender una u otra aproximación. No podemos andar saltando entre ambas. Sin embargo, esto fue lo que hizo Dunne desde el principio, y ello constituye la base de su principal argumentación.

Empieza diciéndonos que nunca resulta muy seguro mofarse de la metafísica del «hombre de la calle»: «Las ideas básicas que se han entronizado en el lenguaje popular no pueden ser enteramente absurdas o desautorizadas. Porque esa especie de canonización significa, al menos, que esas ideas han resistido la prueba de numerosos siglos y se les ha concedido una aceptación sin titubeos allí donde la palabra hablada se ha abierto paso.» Lo cual, en mi opinión, supone una apertura sospechosa. El lenguaje popular es una especie de taquigrafía verbal, para una comunicación rápida y fácil. Por ejemplo, sabemos que la tierra se mueve alrededor del sol, y la luna, alrededor de la tierra; pero, en el lenguaje popular, no establecemos distinción entre estos movimientos: el sol sale y se pone, la luna sale y se pone, y nos-

otros seguimos estando, como antaño imaginaban estar, en el centro inamovible del universo. Todos sabemos qué esto no es cierto, pero, no obstante, hablamos como si lo fuese... simplemente por comodidad nuestra, nada más.

Ahora bien: Dunne descubre en ese lenguaje popular «dos concepciones principales: la longitud del Tiempo y el movimiento del Tiempo». Tiene toda la razón. Hablamos del Tiempo como si fuese una longitud. Hablamos de un «largo» Tiempo y de un «breve» Tiempo, de un «pasado remoto» y de un «futuro próximo». También nos referimos al Tiempo como movimiento, que corre o se va o nos lleva apresuradamente. Ese lenguaje es solo cuestión de comodidad por la rapidez: no representa más penetración en la verdad de las cosas que nuestro similar lenguaje respecto al sol y la luna.

Pero Dunne le obliga a servir a su argumentación. Como nuestro lenguaje no reflexivo asume una longitud del Tiempo y un movimiento del Tiempo, debemos admitir la idea del Tiempo moviéndose a lo largo de una longitud del Tiempo. Y ya estamos a su favor: «Porque el movimiento en el Tiempo ha de ser determinable por el tiempo. Si el factor moviente está en todas partes a lo largo de la longitud del Tiempo, en el mismo momento, no es moviente. Pero el Tiempo que mide el tiempo de ese movimiento es otro Tiempo. Y el «paso» de ese tiempo ha de ser determinable en el tiempo por un tercer Tiempo. Y así *ad infinitum*.» Tenemos a la vista esa regresión in-